

**COLECCIÓN DOCUMENTOS DE TRABAJO**

NÚMERO 59  
BUENOS AIRES  
2001

**"LAS POLÍTICAS  
DE KENNEDY PARA  
AMÉRICA LATINA"**

THEODORE C. SORENSEN  
Ex Consejero Especial del  
Presidente John F. Kennedy

*29 de mayo de 2001*

**CONSEJO ARGENTINO PARA LAS RELACIONES INTERNACIONALES**

## **Presentación a cargo del Embajador Carlos Ortiz de Rozas.**

Señor Presidente del CARI, señores embajadores, señoras y señores. En mis años de Naciones Unidas aprendí que cuando uno hablaba parado decía un discurso, cuando hablaba sentado simplemente hablaba, nada más. Como esto que yo voy a hacer no es un discurso, sino es la presentación del ilustre visitante que tenemos hoy, hablare pues sentado.

Al inicio de la década de los 60 la situación internacional era escenario de graves crisis engendradas por la "guerra fría". Dos concepciones ideológicas diametralmente opuestas, que reconocían a Washington y a Moscú como los centros directrices del mundo libre y del mundo comunista, se enfrentaban en todos los campos. La disputa no había llegado a un conflicto armado pero la carrera por la superioridad nuclear alcanzaba proporciones alarmantes. Norteamericanos y soviéticos poseían arsenales atómicos de increíble magnitud y vectores capaces de llevar esas armas a cualquier lugar del planeta. Con lo cual, desde luego, la rivalidad entre las dos superpotencias constituía una amenaza permanente para toda la humanidad. China había ingresado al "club nuclear", agregando un factor más de incertidumbre dada su disputa con la Unión Soviética por la supremacía de los estados comunistas y los diferendos territoriales que mantenía con la India.

Un avión espía de los Estados Unidos, conocido como U-2, había sido derribado en territorio de la U.R.S.S. provocando una fuerte reacción rusa que recurrió al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y canceló una reunión cumbre cuatripartita trabajosamente preparada para disminuir la tensión existente. Dos meses más tarde, con motivo de la caótica independencia del Congo, Moscú aprovechó la coyuntura para desatar una virulenta propaganda contra las democracias occidentales, procurando atraer a los nuevos países africanos a su esfera de influencia.

Esa acción se puso de manifiesto claramente ese mismo año, cuando la Asamblea General celebraba el decimoquinto aniversario de la organización mundial con la presencia de numerosos jefes de estados y de gobierno. Entre otros, Eisenhower, Tito, Gomulka, Nasser, Kadar, MacMillan, Nehru, Fanfani, Sukarno, Nkurma y tantos otros. Ahí se encontraron por primera vez Nikita Krushov y Fidel Castro. De esa reunión perdura el recuerdo del grotesco episodio protagonizado por aquel, por Krushov, cuando interrumpió la intervención del Primer Ministro británico Harold Macmillan, golpeando con su zapato sobre su banca. Menos comentadas por la prensa fueron las graves amenazas proferidas por Krushov en el debate cuando con el puño cerrado y el brazo en alto aseguraba que la Unión Soviética no hesitaría en utilizar sus armas nucleares si el occidente se interponía en su camino. Por suerte, tales bravatas no se concretaron cuando en 1962 la instalación de misiles soviéticos en Cuba llevó al mundo al borde de la catástrofe nuclear. Nuestro Presidente, el embajador Muñiz ha bien dicho que efectivamente, cuando con gran habilidad diplomática y con determinación, el presidente Kennedy estableció el bloqueo para impedir que llegaran nuevos misiles y otras armas a Cuba, la Argentina respondió, y el lo sabe bien porque era el canciller en ese momento, respondió de inmediato despachando un barco de la marina de guerra para colaborar en el bloqueo. Por suerte, también, no fue necesario que entrara en acción porque, como todos saben, Krushov aceptó retirar los misiles que había instalado en Cuba.

En Viet Nam, Laos y Cambodia las cosas empeoraban día a día. La impresión prevaleciente entonces era que el creciente avance del imperialismo soviético en todas partes sería muy difícil de detener.

Los países de América Latina en su conjunto, eran conducidos por gobiernos democráticos que se esforzaban denodadamente por superar la etapa del subdesarrollo. Arturo Frondizi en la



Argentina, Cuadros y Goulart en Brasil, Eduardo Víctor Haedo en Uruguay, Jorge Alessandri en Chile, Rómulo Betancourt en Venezuela, Alberto Geras en Colombia y Adolfo López Mateos en México, constituían un grupo de destacados políticos y estadistas que tenían concepciones bastante similares sobre la manera de solucionar los problemas económicos y sociales que aquejaban a la región.

La única excepción era Cuba. En 1959, un movimiento revolucionario liderado por Fidel Castro había puesto fin al gobierno autocrático y corrompido de Fulgencio Batista. En un primer momento ese triunfo fue saludado como un éxito para las democracias latinoamericanas. Incluso, en nuestro país no faltaron quienes aplaudieran la justicia expeditiva del "paredón", alegando que debía haber sido impuesta aquí con igual rigor para eliminar el núcleo más recalcitrante del peronismo. La decepción no tardó en llegar cuando se empezaron a advertir los verdaderos objetivos del régimen cubano. A la nacionalización de todas las compañías estadounidenses, siguió el anuncio formal hecho por Castro de que Cuba adhería al marxismo-leninismo, lo que significaba incorporar la nación caribeña a la hegemonía del Kremlin.

Esa declaración produjo una verdadera conmoción en el continente. Un justificado temor era que los soviéticos aprovecharan los servicios del nuevo aliado cubano para intensificar su campaña subversiva en América Latina. En rigor, como resultado de lo que por ese entonces se llamaba la "exportación de la revolución cubana", trece países habían roto sus relaciones diplomáticas con la Habana.

Ese inquietante cuadro internacional aguardaba a John Fitzgerald Kennedy, cuando en la gélida mañana del 20 de enero de 1961, puso su mano sobre la Biblia y prestó el juramento de práctica para asumir la presidencia de los Estados Unidos. A los 43 años de edad, era el presidente más joven en toda la historia de ese país y el primer demócrata en suceder a un presidente republicano desde 1933.

Había nacido un día como hoy, un 29 de mayo de 1917, en Brookline, Massachussets. Aparte de su juventud, que en política no siempre ayuda, y de ser católico en una nación predominantemente protestante, tenía bien ganadas credenciales para llegar a la Casa Blanca: había cursado estudios en Princeton y Harvard, donde su tesis sobre la política exterior británica en los años 30 fue premiada y publicada bajo el título "Why England Slept"; enrolado como voluntario en la marina un año antes de la guerra, tuvo un comportamiento heroico cuando su barco fue hundido por los japoneses en 1943; había sido elegido por Massachussets a la Cámara de Representantes por tres mandatos consecutivos, de 1946 a 1952; queriendo ampliar sus horizontes, ese año le disputó y ganó la senaduría al republicano Henry Cabot Lodge, prominente miembro de una tradicional familia de ese estado.

El año siguiente, 1953, empieza a trabajar con el Senador Kennedy un abogado de 25 años, oriundo de Lincoln, Nebraska, que se convertiría en su colaborador más influyente, consejero de confianza y fiel amigo de todas las horas. Me refiero, ustedes ya lo habrán adivinado, a quien hoy nos hace el honor de ocupar esta tribuna para disertar sobre "Las políticas de Kennedy para la América Latina", el Sr. Theodore C. Sorensen. En mi opinión, es sin ninguna duda el testigo y protagonista más calificado para hablarnos sobre ese gran hombre que fue el trigésimo quinto presidente de los Estados Unidos.

Las alternativas de la campaña presidencial que lo instaló en el poder están muy bien descritas en el libro "Kennedy", publicado en 1965 y reeditado en 1988, cuyo autor tengo el privilegio de presentar ante ustedes. Sorensen escribió con total conocimiento de causa, toda vez que a él mismo le tocó desempeñar un rol de primera línea en ese riguroso combate político librado para obtener primero la nominación del partido demócrata y luego, el favor de los votantes.



La elección del 9 de noviembre de 1960 fue la más reñida de la historia política norteamericana. Es decir, hasta la del año pasado, que todos pudimos seguir paso a paso. Esa vez no fue necesario un pronunciamiento de la Corte Suprema, pero ante la exigua diferencia de votos no faltaron pedidos de recuentos, acusaciones de fraude y amenazas de electores del sur de que podrían cambiar sus lealtades.

Al día siguiente de conocerse los resultados, en una reunión de sus allegados más íntimos, el presidente electo comenzó a designar sus colaboradores inmediatos. A Sorensen le encomendó que se hiciera cargo de los Programas y Políticas, con el título de "Special Counsel" (Consejero Especial). En la citada obra con total franqueza Ted Sorensen confiesa que era "the one post I wanted most" (el puesto que yo más quería). Es decir, Kennedy dio en el clavo al darle esa tremenda responsabilidad.

Sin pérdida de tiempo, él y otros miembros del equipo de Kennedy se pusieron a organizar frenéticamente los numerosos aspectos de la transición de la administración republicana saliente a la demócrata entrante. No sólo eso, sino también y principalmente, a esbozar los esquemas del gobierno que habría que comenzar dos meses y diez días después. Sorensen relata esa ardua tarea con lujo de detalles.

Finalmente llegó el momento de lo que los norteamericanos llaman la inauguración del presidente. En esa ocasión, John Fitzgerald Kennedy pronunció un admirable discurso que será recordado y evocado a través del tiempo, en su país y en el extranjero. Un discurso que sirvió de inspiración y orientación para las generaciones jóvenes de todas las latitudes que compartieron los ideales de libertad, de solidaridad, de abnegación y sacrificio que en él se proclamaban. Un discurso que fue como un clarín que convocaba a trabajar por un mundo mejor, en paz y armonía. Esa pieza oratoria, que despertó el entusiasmo de multitudes, pasará a la historia como una de las más extraordinarias del siglo XX. Sin duda, refleja las ideas y el pensamiento de Kennedy pero su estilo brillante, sus palabras bien hilvanadas y penetrantes, sus conceptos magistralmente expresados son producto del talento de nuestro invitado de hoy.

Quien podrá olvidar el párrafo que comienza: "Let the word go forth"... "Que se difunda la palabra, desde este tiempo y lugar, a amigos y enemigos por igual, que la antorcha ha pasado a una nueva generación de americanos, nacidos en este siglo, templados por la guerra, disciplinados por una paz dura y amarga, orgullosos de su antigua heredad y que no quieren presenciar o permitir que se atente contra aquellos derechos humanos a los que esta nación siempre se ha comprometido a respetar y cuyo compromiso renovamos hoy aquí y en todo el mundo. Que todas las naciones sepan, sea que nos deseen el bien o el mal, que pagaremos cualquier precio, llevaremos cualquier carga, soportaremos cualquier privación, apoyaremos a cualquier amigo y enfrentaremos a cualquier enemigo, para asegurar la preeminencia y el triunfo de la libertad".

A Latinoamérica le dedicó una particular atención. Dijo "A las repúblicas hermanas al sur de nuestras fronteras les ofrecemos una promesa especial: transformar nuestras buenas palabras en buenos hechos, en una nueva alianza para el progreso, para ayudar a los hombres libres y a los gobiernos libres a romper las cadenas de la pobreza. Pero esta revolución pacífica de la esperanza no puede ser un botín para potencias hostiles. Nuestros vecinos deben saber que nos uniremos a ellos para oponernos a la agresión y la subversión en cualquier parte de las Américas. Y que sepan otras potencias que este hemisferio tiene toda la intención de permanecer el dueño de su destino".

Terminaba con estas frases célebres: "En la larga historia del mundo, sólo a unas pocas generaciones se les ha proporcionado el rol de defender las libertades en su hora de máximo peligro. No escabullo esa responsabilidad; le doy la bienvenida. Y entonces, compatriotas, no



preguntas que puede hacer el país por ti, pregunta que puedes hacer tu por el país". Qué bien nos viene esto a nosotros.

El 13 de marzo de 1961, apenas transcurrido un mes y medio desde que asumió al poder, ante diplomáticos latinoamericanos y miembros del Congreso, Kennedy pronunció otro discurso de capital importancia para exponer su programa sobre lo que a partir de entonces se llamaría oficialmente la Alianza para el Progreso. Por su redacción sospecho que, lo mismo que tantos otros que jalonaron las apariciones públicas del Presidente, fue debido a la pluma de Sorensen.

En 1963 el Presidente Kennedy visitó Berlín, ciudad circundada por el llamado "Muro de la Ignominia", erigido para impedir el éxodo de los millares de alemanes que no aceptaba vivir en el "paraíso" comunista. Dirigiéndose a una muchedumbre delirante, para identificarse con sus problemas dijo la frase "Ich bin ein Berliner", "soy un berlinés" y predijo que una Alemania reunificada, junto a Europa, en un mundo de paz y esperanza recuperaría su libertad. Las proféticas palabras del mandatario norteamericano se cumplirían 36 años más tarde, cuando el tristemente celebre muro derribado por los pueblos de Alemania oriental y occidental y en la patria del comunismo esa ideología se derrumbó estrepitosamente, lo mismo que en todos los estados europeos sometidos a la dominación de Moscú.

Me he extendido ya demasiado, pero no podría dejar de hacer unas pocas referencias más al ilustre presidente de Estados Unidos en relación con la Argentina. Creo que él estaba favorablemente predispuesto para con nuestro país. En gran parte, posiblemente, por la estrecha amistad que mantuvo siempre, desde su juventud, con la familia del Dr. Miguel Angel Cárcano. En 1940, durante dos semanas, los visitó en su Estancia San Miguel en Ascochinga. La misma en que, después de su muerte, también se hospedaría Jacqueline Kennedy con sus hijos Caroline y John-John. Un interesante artículo publicado en la revista "Viva" del diario Clarín, en su edición de este último domingo, da cuenta de esa vinculación y de ambas presencias en la Argentina.

También hay que computar la mutua simpatía y el entendimiento que desde un principio se estableció entre él y Arturo Frondizi, el primer presidente latinoamericano en dar su pleno apoyo a la iniciativa de la Alianza para el Progreso. De la reunión que ambos mantuvieron en Palm Beach, el 24 de diciembre de 1961 fui único testigo obligado, por cuanto me correspondió hacer las veces de intérprete debido a un inconveniente del profesional que debía desplazarse de Washington con este propósito. Ahí ocurrió un episodio bastante divertido. Cuando estaba en el medio de la traducción, un edecán, creo que era un brigadier de la Fuerza Aérea, se acercó al presidente Kennedy y le dijo algo al oído. El presidente Kennedy me preguntó si yo estaba dispuesto a seguir haciendo de intérprete, le contesté que por supuesto, estaba fascinado con la conversación y además tenía la adrenalina a full, entonces, el le dijo que no necesitaba los servicios del intérprete, que era un magnífico intérprete, se llamaba Tom Barks, nacido en Rosario, República Argentina, pero desde luego ciudadano norteamericano. Y después que se fue el ayudante, Kennedy le dijo a Frondizi y a mí: "Es mejor que sigamos así con la interpretación, así la CIA no se entera de lo que hablamos".

En esa oportunidad excepcional pude constatar como estos dos hombres, Frondizi y Kennedy, de distinta formación y personalidad, coincidían en los grandes objetivos políticos para el futuro del continente, aún cuando no necesariamente en la forma de alcanzarlos. Cuando se separaron nunca más habrían de verse. Uno murió asesinado en Dallas, Texas y el otro, para desgracia de la Argentina, fue depuesto y llevado prisionero a Martín García.

Theodore Sorensen ha sido autor de los libros "Decision making in the White House" (1964), recopilación de conferencias que dio en la Universidad de Columbia, "The Kennedy Legacy" (1969), "Let the word go forth" (1985) y el preámbulo de "John F. Kennedy and Europe". Nadie

pues más indicado que él para hablarnos de las políticas de ese estadista que hoy cumpliría 84 años.

\* \* \*



**Conferencia a cargo del ex Consejero Especial del Presidente John F. Kennedy, D. Theodore C. Sorensen, sobre "Las políticas de Kennedy para la América Latina".**

Muchas gracias, gracias por la amable presentación del embajador. Es un honor ser presentado por una figura tan distinguida, quien años atrás en New York era conocido como el zorro plateado de las Naciones Unidas. Creo que lo decían como un cumplido, pero uno nunca puede estar seguro.

Es también un honor para mí el estar aquí, en esta maravillosa ciudad de Buenos Aires. Hoy, tuve el honor de recibir de manos del Jefe de Gobierno de la Ciudad, la llave de Buenos Aires, un maravilloso honor, particularmente cuando descubrí lo que podía hacer con el. A Winston Churchill una vez le dieron el "Freedom of the City" (Libertad de la Ciudad) de Manchester, y no estaba seguro de lo que significaba. Después escribió en sus memorias que investigó y descubrió que el único privilegio que le concedía era que si alguna vez era colgado, tenía derecho a elegir las sogas. Confío en que la llave de la ciudad de Buenos Aires me haga acreedor de mayores privilegios y estoy honrado de estar aquí.

Es también extraordinario y una verdadera coincidencia el estar aquí en el cumpleaños de John F. Kennedy. A él le hubiese gustado estar aquí. El cumpliría ochenta y cuatro años hoy, les puedo asegurar que serían unos vigorosos y vivaces ochenta y cuatro. Este fue un viaje que el no pudo hacer como presidente de los Estados Unidos. Su mandato fue desafortunadamente corto, y las vicisitudes de la política argentina que derrocaron a su amigo Frondizi del gobierno le imposibilitaron venir en esa época.

Tuvo gloriosos viajes a Venezuela, Colombia, México y Costa Rica donde tuvo una tumultuosa recepción. Puedo corroborarlo porque lo acompañé en el viaje a Costa Rica. Pero él admiraba Argentina. Disfrutó varias reuniones y correspondencia con Frondizi y otros funcionaba de este país. Frecuentemente invocaba a José de San Martín en sus discursos sobre América Latina. Como ya fue señalado, siendo más joven visitó Córdoba por dos semanas. Como resultado, una vez le dijo a una audiencia argentina que sentía que conocía algo de este país.

Hoy, cuarenta años después, la mayoría de los historiadores, líderes mundiales, expertos en política exterior, elogian a John F. Kennedy por su liderazgo en los asuntos internacionales. El fijó metas idealistas, mientras manejaba medidas realistas para lograrlas. Era temerario en sus objetivos, pero prudente en los medios de llevarlos a cabo. Honró las tradiciones del pasado, pero dispuso nuevas políticas orientadas hacia el futuro.

Muchos de los expertos enfatizan las relaciones con Europa, las tensiones de la guerra fría con Rusia, los problemas emergentes de Indochina, y no aprecian la preeminencia de la que gozaba América Latina en la política exterior durante la presidencia de Kennedy. Le dedicó atención al continente en su campaña para la presidencia de 1960, en el mensaje para América Latina de su discurso inaugural, y le otorgó prioridad en sus tres años de presidencia. Incluso, la definía como "el área más crítica en el mundo".

Si los expertos no lo sabían, los latinoamericanos sí. Por años, me han contado como se quedaron despiertos toda la noche en el día de su elección como el primer Presidente de los Estados Unidos, católico y menor de cuarenta y cuatro años. Me han hablado de como seguían y admiraban su conducta como presidente, su liderazgo sin precedentes en temas de derechos humanos para los americanos hispanos y de color, su promesa de hacer llegar a un astronauta a la luna y traerlo de vuelta en la década del sesenta, su lucha por asegurar oportunidades económicas y justicia para todos los americanos. Aplaudieron el establecimiento de los Cuerpos de Paz, los cuales enviaron más voluntarios a América Latina que a cualquier otra región del mundo; y la expansión del programa "Comida para la Paz" que proveía excedentes agrícolas



para alimentar a la población de América Latina y del mundo en desarrollo. También me contaron como lloraron la horrible noticia de su muerte, muy joven, muy pronto, violentamente en manos de un asesino. Algunos todavía atesoran su foto en las paredes, muchos todavía invocan su nombre en sus plegarias y conversaciones o sus declaraciones en sus discursos.

Todo comenzó con su campaña presidencial en 1960, una campaña para terminar con lo que él veía como un status quo estático y caduco en las políticas y perspectivas de los Estados Unidos. Siempre decía, es hora de "poner esta nación nuevamente en movimiento".

Según él, una de esas áreas paralizadas era nuestra política hacia América Latina. Creía que los Estados Unidos no habíamos logrado identificarnos con la creciente corriente de libertad y cambio en América Latina. No habíamos ayudado a la gente de este continente a alcanzar sus aspiraciones económicas, no habíamos demostrado nuestra preocupación por los problemas de los ciudadanos de la región latinoamericana.

Mencionaba la alta tasa de mortalidad infantil del continente, el alto índice de analfabetismo, la ausencia de escuelas, casas y sistemas de sanidad decentes, el bajo producto bruto interno en muchos países y el crecimiento poblacional que excedía al crecimiento económico.

Recordaba que los Estados Unidos, hace más de cuarenta años, en varias oportunidades no sólo aceptamos sino que recompensamos a los dictadores latinoamericanos, mientras no dirigiáramos nuestras políticas hacia lograr el desarrollo económico, la reforma y la justicia social.

No englobaba a toda América Latina en un mismo grupo, sabía que Argentina era diferente a muchos otros países del continente tanto como lo era y es diferente de los Estados Unidos. Sabía que el mismo tipo de diferencias distinguía a los países individuales en los continentes de África, Europa, Asia. Pero cada continente también enfrentaba problemas regionales que requerían políticas a nivel regional y atención a nivel regional; y sentía que América Latina no estaba recibiendo esa atención, ya sea en los asuntos de desarrollo económico, intercambio estudiantil o incluso información acerca de nuestro propio país.

Sus puntos de vista se evidenciaron tanto para Estados Unidos como para el mundo el 20 de enero de 1961 en las palabras que el embajador citó de su discurso inaugural el 20 de enero de 1961. Voy a repetir esas palabras, escuchen y observen las diferencias entre la forma en que Kennedy hablaba de América Latina y la forma en que muchos otros líderes antes y después que él lo hicieron.

"A las repúblicas hermanas al sur de nuestras fronteras les ofrecemos una promesa especial: transformar nuestras buenas palabras en buenos hechos, en una nueva alianza para el progreso, para ayudar a los hombres libres y a los gobiernos libres a romper las cadenas de la pobreza. Pero esta revolución pacífica de la esperanza no puede ser el botín de las potencias hostiles. Nuestros vecinos deben saber que nos uniremos a ellos para oponernos a la agresión y la subversión en cualquier parte de las Américas. Y que sepan otras potencias que este hemisferio tiene toda la intención de permanecer siendo el dueño de su destino".

No era lo que Estados Unidos iba a hacer por o para América Latina, era lo que nosotros y nuestras repúblicas hermanas íbamos a hacer juntos, para lo cual los Estados Unidos deseaban unirse para lograr. No era que Estados Unidos iba a ser dueño del destino, sino era el hemisferio el que iba a ser el dueño de su destino. Ningún vestigio de hegemonía, ninguna aserción de posición unilateral de los Estados Unidos.

Durante los mil días de acción y actividad que siguieron, días de cambio, desafío, inspiración y a veces frustración, dos episodios que involucraban a América Latina, dos momentos claves se destacan por su impacto constante hasta el presente. Uno de estos episodios es por el cual estoy aquí para decirles "gracias", y el otro por el que les digo "sigan luchando".



No me refiero a la Bahía de los Cochinos, ese intento fallido de los Estados Unidos de sustentar y asistir una banda de exiliados cubanos que querían invadir y recapturar su país del gobierno comunista -un bien intencionado pero trágico episodio, un fiasco del cual el nuevo presidente aprendió lecciones valiosas pero dolorosas, y del cual reconoce su responsabilidad y errores, algo sorprendente en Washington.

Muchos críticos, en su país y en el mío, pensaban que Kennedy estaba obsesionado con Cuba, y quizás lo estaba; pensaban que encaró su política hacia América Latina en un tono muy negativo al principio, y quizás así lo hizo.

Pero los militares cubanos, la subversión cubana, los intentos cubanos de asesinar líderes y radicalizar a los desposeídos en América Latina, representaban en esos días una seria amenaza a la unidad y estabilidad del hemisferio, y esa amenaza era reconocida como tal por la OEA. Pero fueron los persistentes problemas domésticos sociales y económicos de América Latina los que planteaban la mayor amenaza al hemisferio, decía Kennedy; y estos "no serán resueltos solo quejándose de Castro."

El primero momento clave que quiero destacar no es el desafortunado episodio de la Bahía de los Cochinos, sino la ocasión donde Kennedy mejor aplicó las lecciones que aprendió en la Bahía de los Cochinos: la lección de análisis y organización, de precaución y preparación: la Crisis de los Misiles de octubre de 1962.

Todos recuerdan lo que pensaron cuando escucharon por primera vez al presidente de los Estados Unidos decir que la Unión Soviética había colocado misiles nucleares en Cuba, armas ofensivas capaces de alcanzar prácticamente cualquier parte de América del Norte o del Sur. Las primeras armas nucleares colocadas por los soviéticos fuera de la Unión Soviética, las primeras colocadas por cualquier poder en el hemisferio occidental. Planteó la amenaza más seria a la potencial destrucción global en la historia, una amenaza no sólo a Kennedy y su política exterior, sino también una amenaza a todo el mundo, incluyendo América Latina.

El Presidente Kennedy no quería la confrontación con Cuba. Dejó bien en claro que no tenía ninguna animosidad contra el pueblo cubano, ni les deseaba ningún daño, pero no podía permitir la presencia de misiles nucleares soviéticos en Cuba. Entonces, ¿qué respuesta de los Estados Unidos podía no dañar ni vulnerar las relaciones entre Estados Unidos y América Latina?

Bombardear el sitio de los misiles, sin advertencia, un "Pearl Harbor invertido", como lo llamaban, podría producir nuevos Castros en América Latina, enfrentamientos y levantamientos en países como Bolivia, Venezuela, Guatemala, Ecuador, Haití; podría ganar el odio latinoamericano y la sospecha por décadas.

Por el otro lado, supongan que se sometía pasivamente a esta amenaza sin precedentes, esta transferencia furtiva y repentina de armas de destrucción masiva al hemisferio. Tomar ese curso de acción podría haber convencido a muchos latinoamericanos de que los Estados Unidos no eran su protector, que Estados Unidos no sería el poder dominante en el mundo en el futuro, y que no tenía la voluntad o el coraje para luchar contra la subversión comunista en el hemisferio.

Como lo dijo un protagonista en una de las discusiones de nuestro grupo, todavía recuerdo, yo estaba sentado en la mesa en frente de él mientras lo decía: "Si reaccionamos demasiado fuerte, los latinoamericanos van a volverse contra nosotros, si reaccionamos demasiado débilmente, van a alejarse de nosotros".

Pero Kennedy no reaccionó ni demasiado fuerte ni demasiado débilmente; dispuso una conjunción prudente de disuasión y diálogo, un bloqueo o "cuarentena" combinado con



advertencias severas. Durante el primer discurso, en esa noche del 22 de octubre de 1962 y durante todo el episodio, enfatizó que no estaba actuando solo en la defensa de Estados Unidos, sino en la de todo el hemisferio. Fue un discurso que se difundió en español por toda América Latina: "En la defensa de nuestra seguridad y la de todo el hemisferio occidental", se comprometió a considerar "cualquier ataque misilístico en contra de cualquier nación del hemisferio occidental como un ataque a los Estados Unidos, el cual requeriría una respuesta de total represalia contra la Unión Soviética".

Su satisfacción más grande fue al día siguiente del discurso, el 23 de octubre, cuando la Organización de Estados Americanos, invocando el Tratado de Río, autorizó unánimemente (con una abstención, un delegado que esperaba instrucciones de su país), autorizó unánimemente el bloqueo naval de Cuba como una acción defensiva regional legal, de esta manera legitimando la cuarentena a los ojos del derecho internacional, de las demás naciones, de las Naciones Unidas, de los dueños de los barcos y de las compañías aseguradoras alrededor de todo el mundo y relegando las esperanzas de la Unión Soviética de atacar la acción de los Estados Unidos como un acto de guerra.

Argentina no sólo votó para aprobar y autorizar el bloqueo sino que se ofreció voluntariamente para enviar sus fuerzas navales y aéreas para asistir en la cuarentena. Trágicamente, uno de los aviones se estrelló y un grupo de personal militar argentino perdió la vida en ese acto para la libertad. El Presidente Kennedy luego dijo cuan agradecido se sentía por la participación argentina y resaltó que este gesto "indicaba un sentido de solidaridad que era muy valioso para poder mantener nuestra posición en el mundo".

El éxito del bloqueo hizo innecesario que se proceda con opciones alternativas como bombardear e invadir Cuba, una acción que no sólo hubiese revivido miedos de intervencionismo militar norteamericano en América Latina, sino que como sabemos ahora por documentos soviéticos, hubiese provocado un ataque nuclear soviético, usando armas tácticas en posesión de fuerzas soviéticas en la isla de Cuba, lo que a su vez, hubiese garantizado una respuesta nuclear norteamericana; ambas partes hubiesen iniciado el camino trágico de la escalada hacia la destrucción global. Así de importante fue el bloqueo, y por eso estamos hoy aquí para decirle gracias a la Argentina.

El otro hecho destacado relacionado con América Latina de la presidencia de Kennedy sucedió un año y medio antes de la Crisis de los Misiles. También fue mencionado por el Embajador en sus palabras introductorias. Fue el lanzamiento por parte de John F. Kennedy de la Alianza para el Progreso el 13 de marzo de 1961 en el Cuarto Este de la Casa Blanca, en un discurso para los embajadores de América Latina, difundido en español, portugués, francés e inglés por todo el hemisferio. Un programa de diez puntos, orientado al libre gobierno, el libre comercio y pueblos libres en toda América, que demandaba mayor desarrollo e integración económica, amplias reformas, mejor administración y nuevas relaciones.

Varios críticos dijeron que el nuevo programa de Kennedy seguía aún destinado a Castro, en el sentido que buscaba aumentar el aislamiento de Cuba del resto del hemisferio a través de la creación de instituciones más estables y democráticas en el resto de América Latina. Si duda tuvo ese efecto, pero recuerden que el Plan Marshall, el enorme programa para reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial, había sido vendido al congreso invocando la amenaza de una subversión comunista, e incluso una agresión en Europa Occidental.

Otros críticos de la Alianza para el Progreso, tanto en Estados Unidos como en América Latina, permanecieron altamente escépticos al discurso de Kennedy, dijeron haber escuchado buenos discursos antes.



Pero, en la Alianza para el Progreso Kennedy pronunció más que un discurso, llevó a cabo acciones: asistencia para el desarrollo económico, asistencia técnica, un nuevo y constante énfasis en la dignidad humana y la justicia para todos los pueblos de América Latina.

Además, la Alianza para el Progreso enfatizó no sólo la ayuda de los Estados Unidos, sino la autoayuda de América Latina, con su participación en la toma de decisiones, con su iniciativa para llevar a cabo reformas, con sus esfuerzos para terminar con la injusticia y la pobreza. Lejos de resguardar a América Latina de las tormentas revolucionarias agitadas por Castro y los comunistas, Kennedy desafió al continente a convertirse en "Un gran crisol de ideas y esfuerzos revolucionarios".

De a poco, con dificultad, como un barco de guerra cambiando de dirección en la mitad del océano, América Latina comenzó a responder a ese desafío. Es verdad que las elites latinoamericanas se resistían a la reforma agraria, la reforma impositiva o la reforma electoral porque les privaba de sus privilegios especiales. Es verdad que hubo retrocesos cuando los nuevos gobiernos respondieron demasiado fácilmente a las presiones inflacionarias y a las demandas de gastos extravagantes solicitados por la masa de votantes.

Es cierto, el verdadero tamaño de los problemas, más tremendo e intratable de lo que Kennedy se hubiera imaginado, dejó perplejo a él y a sus colaboradores, pero se volvieron más decididos en lugar de desanimarse.

Finalmente, la Alianza para el Progreso fue un programa imperfecto, y todavía incompleto a la muerte de Kennedy, y debo decir que el programa formal no lo sobrevivió. Pero incluso en ese corto período, comenzó a vencer parte del estancamiento político y económico y la confusión que se extendía por América Latina. Hubo más comida y más manuales de texto para los alumnos, más tierra para los granjeros, más casas para los pobres y hubo gobiernos democráticos mejor y más responsablemente organizados para planear y administrar estos programas.

En América Latina, ese progreso, con retrocesos en diferentes momentos, ha continuado durante casi treinta y ocho años desde la muerte de Kennedy, particularmente en el frente económico. La integración económica regional a la que se refería Kennedy - prometiendo, decía, mercados más grandes y mayores oportunidades de competencia - se ha vuelto realidad con el éxito del Mercosur y ahora la potencial expansión del NAFTA en un área de libre comercio del hemisferio de las Américas (ALCA). También hay proyectos de un acuerdo preferencial de comercio con la Unión Europea. Incluso en una base local bilateral, la Argentina se ha beneficiado de la expansión del comercio, inversión y cooperación en infraestructura con su antiguo rival político, Brasil. Actualmente, las naciones más grandes de América Latina, incluyendo la Argentina, se encuentran abandonando las filas de lo que en la época de Kennedy se denominaba el "Tercer Mundo" y preparándose para entrar al Primero.

Pero el viaje de ninguna manera ha terminado. La agenda de Kennedy de ninguna manera se ha completado. Todavía prevalece la corrupción gubernamental que Kennedy tanto criticaba por agotar los recursos de la nación. La concentración de la riqueza en una minoría de familias, las barreras para acceder a los escalones más altos de la actividad económica, la desigualdad de recursos entre los ricos y los pobres, estas disfuncionalidades continúan castigando la conciencia tanto como el desarrollo económico de demasiados países latinoamericanos. La pobreza, la desnutrición, el analfabetismo, las enfermedades infecciosas están lejos de ser eliminadas en el hemisferio.

Afortunadamente, las dictaduras militares se han terminado en la región, así como Kennedy ayudó a alejar a la familia Trujillo del gobierno represivo de la República Dominicana. Pero en la



mayoría de las repúblicas latinoamericanas, el dinero que se necesita para salud, educación y viviendas todavía se sigue destinando a armas innecesarias y preparativos militares. Kennedy ayudó a estimular el uso de ejércitos locales en programas de acción civil para construir puentes y sistemas sanitarios en pueblos rurales, pero las armas, sostenía, eran inútiles en la lucha política, económica y social interna.

Asimismo, no todas las dictaduras son militares. Ya sea de tendencia izquierdista o derechista, ya sea de sindicatos laborales o asociaciones corporativistas, o de una combinación de ambos, si depende de grupos guerrilleros de izquierda o fuerzas paramilitares de derecha, la tiranía es siempre tiranía; y América Latina no podrá descansar tranquila y confiada en la eterna alianza continental de gobiernos libres hasta que no se haya eliminado para siempre la opresión, como John F. Kennedy abogaba. Ni un golpe militar ni la intervención norteamericana, decía, es la vía para que progresen las democracias.

Pero no es solo América Latina quien tiene que asumir la carga de cerrar la brecha entre sus logros y objetivos, como lo ambicionaba Kennedy en la Alianza para el Progreso. La Alianza para el Progreso era una iniciativa colaborativa, y los Estados Unidos todavía deben hacer su parte. Estados Unidos no envía un mensaje justo o realista cuando acusa del flujo ilegal de drogas sólo a la oferta proveniente de América Latina y no a la demanda de las ciudades norteamericanas. Estados Unidos no está abogando por los ideales de John F. Kennedy cuando continúa negando a sus propios ciudadanos de origen latinoamericano igual participación e influencia en las instituciones económicas, educacionales y gubernamentales. Estados Unidos no demuestra sensibilidad para con los derechos humanos y los sentimientos de aquellos con una cultura predominantemente latinoamericana cuando entrena sus fuerzas para el combate bombardeando y cañoneando las Islas Vieques de Puerto Rico.

Principalmente, si Estados Unidos lidera a través de la dominación hegemónica económica, esperando la cooperación y subordinación automática de sus amigos en la comunidad internacional, en lugar de hacerlo a través del trabajo en equipo y la consulta, es menos probable que obtenga el respeto y apoyo sincero de esa comunidad en el caso que surja otra emergencia como la crisis de Cuba.

Creo que los Estados Unidos pueden y deben mantener una relación con sus aliados latinoamericanos que se asemeje a la de la Alianza para el Progreso de Kennedy; que no apoye dictadores ni derroque gobiernos que no le agradan; que no intervenga en la política interna ni envíe tropas para intervenir en las disputas externas; que ofrezca las oportunidades y beneficios del libre mercado y el libre comercio sin socavar los esfuerzos, del norte o del sur, para mejorar y proteger las condiciones laborales y ambientales; una política que busque "un mundo seguro para la diversidad" sin imponer demandas extraterritoriales, no un mundo hecho a la imagen de Estados Unidos que adhiera a su prescripción económica, filosófica y política.

Es difícil de creer la reacción de Kennedy cuando Argentina nacionalizó las compañías petroleras norteamericanas y todo Washington estaba enfurecido. Consultado al respecto en la que sería su última conferencia de prensa respondió que el gobierno argentino estaba ejerciendo su "derecho soberano" cumpliendo "compromisos adquiridos" en el curso de una "elección democrática", y la gente tenía que darse cuenta que el gobierno de la Argentina estaba enfrentando "problemas desconcertantes". Luego, agregó: "Entonces ahora nosotros debemos intentar ajustar nuestros intereses". ¿Ajustar nuestros intereses? ¿Los Estados Unidos ajustando sus intereses a una acción de ese tipo de otro país? Sin precedentes. Nunca escuchado.

Finalmente los Estados Unidos, el país más rico del mundo, tiene que aún poder extender una mano generosa de desarrollo y ayuda humanitaria a aquellos que lo necesiten, pese a la denominada "fatiga de donante" de los norteamericanos. "De alguna manera el camino parece



más largo que el día que empezamos, pero creo que debemos seguir intentando" dijo una vez John F. Kennedy refiriéndose a la Alianza para el Progreso.

Pero el legado de John F. Kennedy en la Alianza no se circunscribe sólo a la economía. Kennedy dijo, refiriéndose tanto al norte como al sur: "Nuestro desafío más importante proviene de adentro. Es la tarea de crear una civilización americana donde se fortalezcan los valores culturales y espirituales". Al inicio de su mandato, el Presidente Frondizi le escribió una carta comunicándole su deseo de que la Alianza para el Progreso se concentre fundamentalmente en la inversión de capital. Kennedy le respondió "Con todo respeto al Presidente Frondizi, la abundancia económica, tan agradable como puede ser, no es el único propósito de la vida; una vida entera debe ser definida en un sentido cultural y espiritual". Era ese sentido cultural y espiritual el que conformaba el núcleo de la Alianza para el Progreso; su apelación a ideas revolucionarias y reformas progresivas, su preferencia por gobiernos que deseen terminar con los privilegios excesivos y las prerrogativas de las elites. Decía "aquellos que convierten a la revolución pacífica en un imposible, van a hacer que la revolución violenta sea inevitable". Esas reformas están todavía incompletas. Queda todavía mucho por hacer en este hemisferio.

Los Estados Unidos deben jugar su rol. Argentina debe hacer su parte; y esta ciudad, un centro cultural, intelectual y educacional al mismo tiempo que un centro industrial y financiero para toda América, debe cumplir su parte.

Bolívar, de alguna manera el socio de San Martín en la liberación de toda América Latina, dijo hace ciento setenta y nueve años que deseaba ver a "América, norte y sur, convertirse en la región más grande del mundo. Grande no en virtud de su tamaño y riqueza, sino de su libertad y gloria".

Buenos Aires, con su crecimiento constante tanto cultural como espiritual, con sus ideales, es y debe ser siempre un faro de esa libertad y gloria para todos los americanos, del norte y del sur, y por eso, como americano, los saludo y les agradezco.

\* \* \*